

COSAS PUERILES

Mi PADRE charlaba, a la siesta. Aquella tarde fue la infancia. Llovía suave e incesantemente. Días grises y velados, incomunicados por el telón de un rumor monótono y discreto. Poco a poco, la mente parece adoptar otro clima, la sensibilidad se aguza o embota —no lo sabemos—; un tenue sonambulismo ilumina nuevas avenidas del paisaje interior: la fotografía al infrarrojo deja ver otros relieves ocultos que el rayo solar no nos entrega. Mi padre empezó a recordar esas insignificancias pueriles que de repente se nos acercan, reclaman su sitio y quieren ser evocadas.

El niño había oído vender por la calle un dulce que se llamaba “María-Gorda”. Debía de ser cosa suculenta. El nombre era prometedor. Pero una “María-Gorda” valía nada menos que un peso. Juntar un peso, con sus pequeños ahorros domingueros, no era fácil para un chiquillo de entonces. El peso verdaderamente valía entonces su peso en plata. ¡Aquel estupendo tejo mexicano que rodaba por todo el mundo, hasta los mercados de la India y la China! (En Saigón, lo encontró y lo cantó Farrère.) ¡Aquel peso grande y sabrosamente estorboso, de honrado espesor, que abultaba en el chaleco y confería vastas virtudes!

Pero con paciencia se junta el peso. ¡Oh desengaño! La golosina resultó abominable. No hubiera podido disolverla toda la saliva del mundo. Era una masa elástica que se amontonaba y se pegaba en la boca y no pasaba por el gástrico. El agrio y el azucarado parecían pelear sin ponerse nunca de acuerdo, si no era para hostigar paladar y lengua. Y el niño lloraba sin consuelo, hasta que la madre juzgó oportuno acercarse, sacudiendo como solía las grandes trenzas, a modo de fustas amenazadoras. ¡Adiós, “María-Gorda”, primera decepción de la infancia! ¡Cuántos engaños se habrán cometido en vuestro nombre, oh Marías Gordas! El cuadro disolvente se esfuma y deja lugar a otra imagen. Un día —esto sucedió años después—, el muchacho estuvo a punto de morir por una verdadera bobada. Vivía en el Liceo de Varones, o más bien allí dormía, un joven pasante en medicina a quien los chicos sólo veían salir por la mañana y regresar al caer la tarde. Cometía el pecado de no hablar con ellos, de ignorarlos. El jovencito está demasiado absorto en su conquista del mundo y no siempre tiene ojos para los niños. Era impopular, ni qué decirlo, entre la gente menuda. Rodeado de mimos paternos y de solícita atención por parte del maestro; festejado como un héroe cuando acierta a decir que Bucarest es capital de Rumania, que dos y dos son cuatro, o que una isla es una porción de tierra rodeada de agua por todas partes; equilibrado, siquiera provisionalmente (pues “ya tendrá la vida para que se envenene”), en una figura egocéntrica del universo, el niño fácilmente se considera un objeto privilegiado de la creación y no puede perdonar un desaire.

Se tomó, pues, por voto unánime, la resolución de castigar a aquel señorito insolente, que entraba y salía con su libro bajo el brazo dándose aires de persona mayor, sin saludar a nadie, sin darle a éste una palmadita ni alisarle al otro la cabeza. Se discurrió una burla magnífica, y mi padre se ofreció a ejecutarla.

En plena noche, se le presentó envuelto en un lienzo blanco y con un fúnebre capuchón, pretendiendo ser un fantasma. Llevaba en la mano el consabido cráneo y la palmatoria con la vela encendida. El pasante no entendía de cosas de ultratumba. Ignoraba

la buena retórica que el folklore prescribe en tales casos. No previno al fantasma, ni se consideró obligado a decirle: “En nombre de Dios te pido que me digas si eres de este mundo o del otro.” Sino que —Ipum, pum, pum!— con la pistolita que escondía bajo la almohada empezó a hacer fuego sobre el aparecido. Por suerte que tenía una puntería tan mala como su genio adusto. Hubo gritos y carreras, alarma general en el Liceo de Cuasi-Varones. Hubo que pedir perdón en todos los tonos. ¡Ah, sí! Pero desde el día siguiente, como ya había una complicidad entre ellos, el pasante sonreía, saludaba, acariciaba, decía dos o tres cuchufletas a los chicos y, en suma, se había humanizado.

Hay una edad en que, sin remedio, los muchachos merecen con toda justicia el nombre de “mocosos”. Los mocosos, otra vez, inventaron meterse a caballo por la feria, tumbando los puestos de los “jotos”. ¡Los jotos, señores! Que os cuenten los tapatíos la tradición de esos magníficos cocineros populares, quienes además, y aunque parezca increíble, eran unos gallos de pelea. Vestían de charro, lucían con orgullo el pie chiquito, hacían dengues afeminados, extremaban la voz chillona.

Pero tenían rápido el cuchillo; y gritando “~Válgame Dios!”, como si estuvieran asustados, salieron todos de sus fonduchos, vueltos unos verdaderos leones, y en un instante pusieron en fuga a los revoltosos. Y luego, como si nada hubiera pasado, se sentaron en rueda para oír cantar a uno de ellos que, rasgueando la guitarra, entonaba con voz tipluda:

¡Vivid en paz,
hijos de Adán,
entre las flores!

Moría la luz, se encendían las velas. Vuelve el gentío a la feria. Se oyen las voces de chalanes y traficantes, los gritos de la lotería y la ruleta. Huele a tequila. El bebedor, conformándose a los buenos usos establecidos, ofrece un trago a pico de botella a cada “señorita” que pasa. El campanario colonial deja caer una tras otra sus notas, encantamiento que deshace otro encantamiento. Y arriba, es la noche de Guadalajara, gozosa de estrellas.

...Pero ha dejado de llover, y además, es hora de acudir al Palacio de Gobierno. Pronto mi padre se aleja en el “boguecito” de un solo caballo que él mismo manejaba. No lo olvidan quienes lo saludaban por las calles de Monterrey, y sé de algunos ancianos que todavía, al doblar la esquina, se figuran verlo de repente.